



Mariano José de Larra

¿Qué dice usted? Que es otra cosa

Si me oyen me han de llamar mal español porque digo los abusos para que se corrijan, y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal...

(Fígaro.)

No le costará al lector gran trabajo comprender que a fuer de Fígaro ocurren en la citty pocas cosas que no lleguen a mi noticia. Fígaro quà, Fígaro la, Fígaro sù, Fígaro giù. Fígaro, en fin, en todas partes en donde hay mina que beneficiar.

Fígaro está, por consiguiente, en el teatro, y si va a decir verdad, no sólo concurre a él por la razón general que a todas partes le lleva, sino

por la razón particular de ser amigo de distinguirse del público que no va.

Verdad es ésta tan palpable, que algunas noches me he hecho la ilusión de creer que se representan comedias sólo para mí; si bien otras me da por tener miedo al verme tan poco acompañado

en este solitario y triste albergue,
de la inocencia venerable asilo.

Una de esas noches en que representábamos al público como una docena, lo más, de personas desesperadas y amigas de la soledad, que vamos a recoger a la luneta el último frío de la triste estación que se nos escapa, y a meditar profundamente acerca del vacío, el silencio general me obligó a ser descortés, participando involuntariamente de una conversación de entreacto, que en el libro de mi memoria fui apuntando para entretener con ella a mis lectores. ¡Tan nueva y curiosa me pareció y tan análoga a las circunstancias que me rodeaban! Hallábanse sentados delante de mí dos extraños personajes: el primero era un hombre de estos antediluvianos que gastan cabeza en la peluca, porque no me atrevo a decir peluca en la cabeza; de estos que van al teatro, bien así como pecan, es decir, por un efecto de la fragilidad humana, puesto que le imaginan ser un mal irremediable, hijo de los progresos de la depravación del mundo. Tenía trazas, además, de ser uno de estos cándidos bonachones, que cuando van a Perona exclaman: ¿Qué tenemos que envidiar aquí a los extranjeros en materia de comer y de elegancia? ; que cuando ven su Prado, gritan: ¡Este es el paseo del mundo, y no hay otro!; que cuando miran de hito en hito el cuadro del hambre dicen con voz asombrada y misteriosa: ¡Esto es pintar!; que cuando vieron, en fin, la ostentación de las artes españolas en el Conservatorio repetían con vanidad: ¡Vea usted! ¡Si a nosotros no nos falta sino el querer hacer las cosas!, y, por último, de estos que siempre que habla el gracioso en la comedia se han de reír, mas que no diga gracias, o que han de añadir en diciendo alguna, mas que ésta sea del autor: ¡Es mucho hombre éste! ¡Vaya! ¡Qué maldito! De éstos, en una palabra, que salen siempre del teatro diciendo ¡Qué bien lo han hecho! Almas felices y patrióticas que han hallado el único medio posible de tener vanidad y creerse dichosos y superiores; el de ver las cosas como debieran ser; hombres bienaventurados, cuya existencia es una prueba viva del principio de física que asegura que los colores de las cosas no están en ellas, sino en los ojos que las ven.

El segundo personaje, que a su lado oprimía un asiento, era otro español que en cotejo con él estaba sirviendo de prueba de una verdad incontestable, a saber: que en ningún país hay más diferencias individuales que en éste, en que no hay uniformidad nacional. Nada más común que encontrar un paisano nuestro que parezca hijo del Congo, y otro a par de él que nada tenga que envidiar al Támesis. Para este país pudo haber dicho Horacio: «Nihil fuit unquam sic impar sibi.» Aquí se encontrarán los hombres más despreocupados del mundo, y aquí los más ciegos; aquí los más próximos a la divinidad, y aquí a par de ellos los que ocupan entre el hombre y la bestia el lugar que ocupa el murciélago

entre el ave y el bruto. Era el tal que a estas reflexiones ha dado lugar un hombre de estos que en nuestros tiempos han querido medir a todos por su propio nivel, y que han estado, por consiguiente, varias veces a pique de desnivelarlo todo; y, para concluir de una vez, de estos que las desgraciadas revoluciones han enviado a instruirse pensionados al extranjero. Al parecer, acababa de regresar, y en verdad que por lo que pude oír hube de juzgar que le había aprovechado la emigración; porque ni venía cerrando rebelde los ojos a la luz que había visto, ni tan deslumbrado que le pareciese estar aquí enteramente a oscuras.

-¿Qué dice usted?-le preguntaba con asombro de incredulidad el español que parecía todavía de más acá-. ¿Con que es otra cosa? Pero ¿en qué consiste esa diferencia?

-Crea usted -respondió el español que parecía de más allá-, crea usted que de ninguna manera me puedo explicar mejor que diciéndole a usted: es otra cosa.

- ¡Eh, eh! -replicaba el buen señor-. Es la canción de todos los que vienen; se hacen despreciadores de su país por vanidad y ostentación.

-Oígame usted sin dar a mis palabras interpretaciones generales, ni menos políticas, que no tienen. Hablábamos de teatros, y limitándonos a teatros, repito que es otra cosa.

-Pero, ¿cuál es esa otra cosa, señor? ¿Dejarán de ser en París los poetas y los teatros?

-Le diré a usted: en el extranjero el autor, el hombre que sabe más que los otros hombres, es una persona..

-¿Qué dice usted?

-Déjeme usted proseguir: es una persona que puede responder a la Policía cuando le preguntan de qué vive: soy literato. Y es persona considerada, porque vive de su talento.

-¡Ve usted! Y allí, ¿no hace reír esa palabra, literato? ¡Es mucha Francia!

-Y aunque no haya seguido una carrera, ni sea cura, médico o abogado, no por eso le llaman vago sin oficio ni beneficio. Ni es preciso ser empleado, ni...

-¡Jesús, Jesús! ¡Qué rareza!

-Allí un autor es el único que tiene derecho a imprimir lo que escribe, porque el talento es una propiedad, y nadie se atreve a imprimir obras ajenas contra la voluntad de su dueño.

-¿De veras? ¡Son muchos franceses!

-¿Cómo querrá usted creer que allí, cuando ha gustado una comedia, los espectadores todos piden a voces el autor, y se les dice su nombre, y le aclaman y le vitorean..., en público..., sí, señor, en premio de su talento.

-¡Oh! ¡Qué escándalo! ¡Y qué país! -dijo nuestro amigo, echándose las manos a la cabeza.

-¿Y qué me dirá usted de imprimirse la comedia y venderse en un abrir y cerrar de ojos diez o doce mil ejemplares, que no se da manos el librero a despachar..., porque allí el público lee...

-¡Calle usted! Pero hombre, ¿tanto lee? Aquí es todo lo más si se venden mil ejemplares; bien es verdad que aquí se lee mucho de prestado.

-Y los autores tienen derecho de entrada en el teatro.

-¿Es posible? ¿Y por qué? ¿Porque hacen las comedias? ¡Vea usted! ¡Qué malditos! ¿Y se entran como Pedro por su casa, sin avisar ni...?

-Nada

-¡Oh! Eso está perdido. Pero ¿qué más, si allí escribe un autor lo primero que se le antoja y no hay un cristiano que le diga alto ahí?

-¡Bah! ¡Bah! Entonces ya veo yo que dice usted bien que aquello es otra cosa. De esa manera, y con todos esos privilegios que usted me cuenta, ya concibo que se escriba tanto..., y que se...

-¿Si se escribe, eh? ¿Como cuántos autores dramáticos le parece a usted que habrá en París?...

-Dramáticos, ¿eh?

-Sí, dramáticos que escriben para el teatro.

-Hombre, yo le diré a usted... Aquí hay sobre.. tres; deje usted, no; dos... vamos, tres. Con que, por un cálculo prudente, París será tres veces más grande que Madrid... ¡Vaya! Echaremos por largo: ¿podrá haber una docena?

-¿Una docena?, ¡Ah, ah, ah! Cuatrocientos diecisiete -respondió una voz, resonando como la trompeta del juicio final en los oídos del infeliz calculador, que abría unos ojos como quien ve un fantasma.

-¡Cuatrocientos diecisiete! -repitió con el mismo tono que si este número fuese el de los centenares de años que había de pasar en el purgatorio-

¡Cuatrocientos diecisiete! ¡Pobre Francia! Este país no puede parar en bien.

-¡Oh! ¡Y no sabe usted lo mejor! Entre ellos se cuentan ocho títulos, pertenecientes a las primeras familias...

-¡Calle! ¿Escriben allí los títulos? ¡Qué desorden!

-Tres de ellos son, o han sido, ministros: más de quince son consejeros de Estado, prefectos, individuos, en fin, de la alta magistratura...

¡Puede! ... Mire usted si podían pensar en sus pleitos y sus... ¡Jesús, Jesús!

-Y militares.

-¡Oiga! ... En fin, ésos..., no tendrán otra cosa que hacer... ¡Pase!

-Y mujeres, hasta seis.

-¡Hombre! ¿Mujeres? ... Eso ya pasa de raya. ¿Las enseñan allá a escribir? ¡Qué padres tan desnaturalizados!

-¡Ahí verá usted! Y, por último, muchos de ellos son cómicos.

-¿Cómicos? -repitió nuestro buen hombre, soltando la carcajada-. ¿Cómicos? ¿Qué dice usted? ¿Saben escribir allá los cómicos? ¡Todo lo saben esos franceses! ...

-Los más son literatos, y no sólo literatos, sino que muchos cómicos ha habido y hay académicos...

-¿Académicos? ¡Voto va! Ya quisiera yo conocer a un cómico académico. ¡Será cosa de ver!

-Picard lo fue, Duval lo es, y mil que callo; otros hay de los mismos cómicos, condecorados, como artistas eminentes, con distinciones y cruces...

-¿Eh, eh? ¡Tras de la cruz está el diablo! ¡Siempre se ha dicho! ¡Qué abuso!

-¡Cuando yo le digo a usted que es otra cosa! Pues agregue usted a eso que hay sesenta y cuatro compositores de música para el teatro.

-¡Oh! Eso ya se concibe; aquí también tenemos uno, sólo que ahora está fuera. Pero dígame usted, señor viajero: ¿como cuántos teatros vendrá a haber para tantos escritores?

-Amigo mío, en París hay una infinidad de espectáculos públicos; hay catorce teatros de primer orden y diecisiete panoramas, dioramas, cosmoramas, fantasmagóricos, jugadores de manos, etcétera, etcétera, y nueve bailes públicos permanentes, y...

-¡No más! ¡No más!

-Y no hablemos de compañías cómicas francesas, desparramadas por Francia y por todo el mundo. En las provincias tienen veintisiete compañías fijas; diecisiete que representan alternativamente, y por temporada en dos o tres teatros; siete ambulantes...

-Como si dijéramos, de la legua...

-Mejores, señor de acá. Y fuera de Francia tienen doce, sin contar con la de Londres, la de Viena, la de San Petersburgo, la de Florencia y la de Nueva Orleans en América, que son dieciséis, y con las ya contadas, ochenta y dos.

-¡Basta, basta, por Dios! ¡Santa Bárbara bendita, qué nube y qué maldición!

-Pues ¿qué diría usted si le añadiese que en el extranjero están los teatros alumbrados, y se ven las gentes las caras, y se conocen, y...?

-¿Qué dice usted? ¡Ya se ve! Esos franceses son tan pintureros...

-Y hay otras circunstancias: se creen los teatros tan necesarios, que se auxilia a los de París con 800.000 ó 1.000.000 de reales anuales; y este año, que lo es de extraordinarias economías, se les han concedido 5.200.000 reales, y en las provincias, en fin, los Ayuntamientos dan los teatros de balde a las empresas.

-¡No más, no más! Tenía usted razón en decir que aquello es otra cosa; pero ¡qué cosa! Señor viajero, ése es un país perdido miserablemente, y perdido sin esperanza de remedio.

-Me alegro que esté usted convencido de que es otra cosa.

-¿Qué dice usted? Yo lo creo, y no permita Dios que mientras seamos cristianos aquí... ¡Vaya! ...

A estas palabras llegaba nuestro furioso interlocutor, cuando el recién venido dio un golpecito en su hombro, advirtiéndole que la subida del telón reclamaba ya silencio.

-¡Chitón! -le dijo-, luego seguiremos hablando.

-No, señor, ¿por qué he de callar? Ya que usted me ha hecho oír lo que se le ha antojado, quiero hablar de París...

-Sí, pero en este sitio precisamente pudiéramos incomodar a alguno -repuso el viajero-, y si me oyen me han de llamar mal español, porque digo los abusos para que se corrijan, y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal... Además, que ya han levantado el telón y ya están representando...

-¡Ah! ¿Qué dice usted? -replicó su antagonista, quitándose el sombrero-. Dice usted bien: ¡esto es otra cosa!

Aquí calló y siguió la representación; y a fe de Fígaro, pardiez, que siguió existiendo la diferencia... ¿Qué dice usted?, me dirán. Nada,

lector mío, nada; sólo diré que es otra cosa.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

